

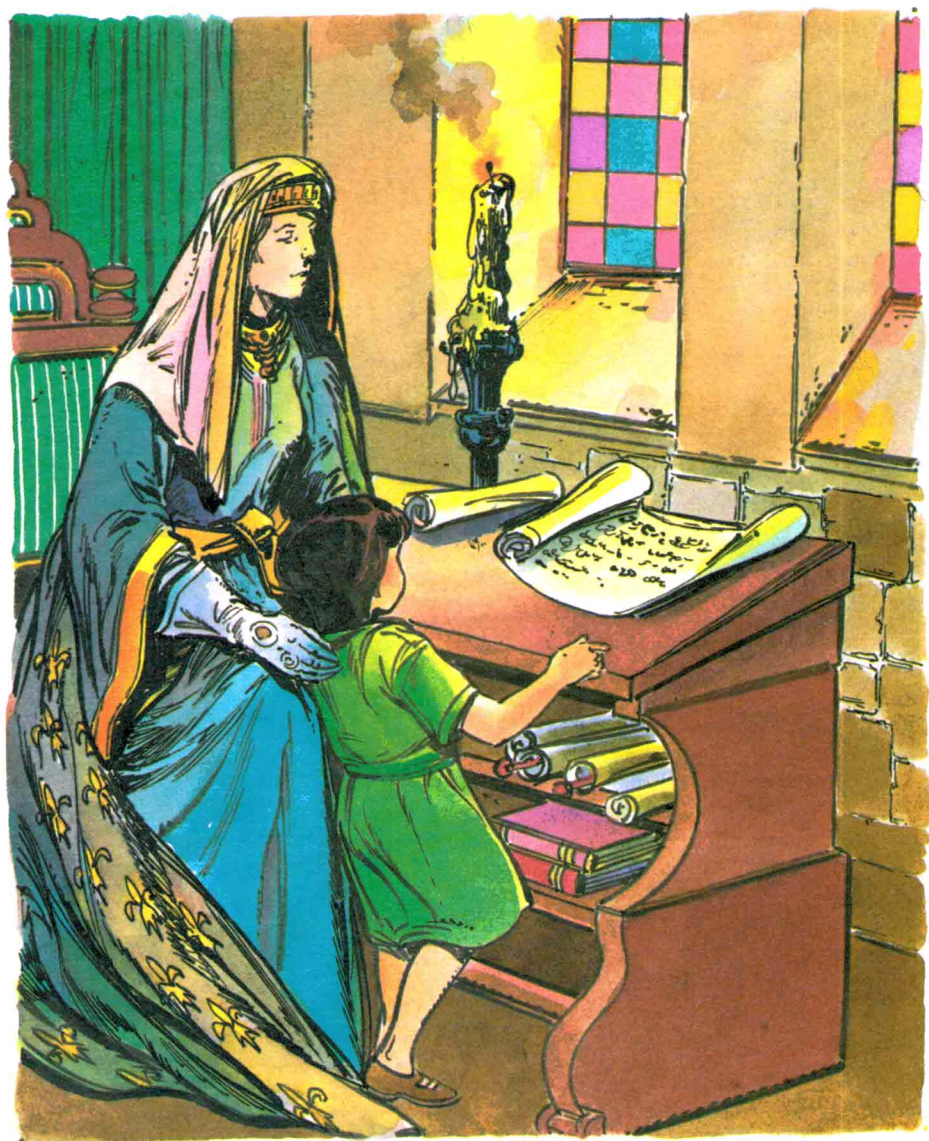
*San Luis,
Rey de Francia*

SAN LUIS REY DE FRANCIA

Rafael M.^a López-Melús

D.L. GR. 530-97 - ISBN 84-7770-345-0
Printed in Spain - Impreso en España

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-SEVILLA



“Prefiero antes verte muerto”...

Poco pudo influir en el pequeño Luis IX de Francia su buen padre Luis VIII ya que murió cuando el niño contaba nueve años de edad.

Será su santa madre Dña. Blanca de Castilla, hermana de Dña. Berenguela, hijas ambas de Alfonso VIII de Castilla quien marcará en él una impronta imborrable.

Las dos serán buenas educadoras y de sus hijos nacerán vástagos de tanta fama en lo bélico y sobre todo en lo espiritual como San Fernando, hijo de Dña. Berenguela y San Luis IX de Francia hijo de Dña. Blanca de Castilla.

Nació en Poissy el 25 de abril de 1214 y poco después allí mismo recibió con gran pompa el primero de los sacramentos. El llegará a calar tan hondamente en las maravillas que este sacramento realiza en el alma que lo recibe que le gustará firmarse así: “Luis de Poissy”, en lugar del regio “Luis Rey IX de Francia”.

Dña. Blanca al quedar viuda tiene que hacerse cargo de las riendas del gobierno y lo hace con una maestría y entereza nada comunes. Llama la atención de todos los monarcas que la conocen su habilidad en los negocios militares, su entereza de carácter, su arrojo y valor en la batalla, y, sobre todo, su confianza en el Señor y su inquebrantable fe en él... a pesar de todas las dificultades que no le faltaron.

Para ella la misión más sagrada que le ha encomendado la Divina Providencia no es otra que esta: La de educar dignamente al heredero de la corona de Francia. Va, poco a poco, inculcando en el corazón del pequeño y adolescente Luis las virtudes de las que el día de mañana deberá dar ejemplo a sus súbditos. Lo que más inculca en su alma es desterrar de él todo aquello que pudiera aparecer hasta el menor atisbo de pecado. Por ello le dice:

—“Hijo mío, prefiero verte muerto a mis pies antes que en desgracia de Dios con el pecado mortal”...



Un amante hijo

Fue a su madre a quien mas amó siempre Luis. Es cierto que amó a su esposa y a sus hijos pero nunca se pudo comparar con el amor y gratitud, veneración y cariño inmensos que siempre sintió hacia su madre a quien después de Dios le debía cuanto era...

Un *Cronista* de la época nos ha dejado páginas encantadoras del amor filial que profesaba a su madre y como no daba un paso sin contar con su bendición y beneplácito.

De ella trataba de imitar todas sus virtudes, pero de un modo especial trataba de copiar su amor a la justicia y su amor a los pobres. Ya desde niño solía decir cuando les daba limosna y algunos le decían que era demasiado generoso:

—“A ellos es a quienes más debo. Gracias a ellos el Señor nos bendice y nuestro reino está en paz. Cuanto hagamos por ellos siempre será poco y el cielo nos lo recompensará con generosidad”.

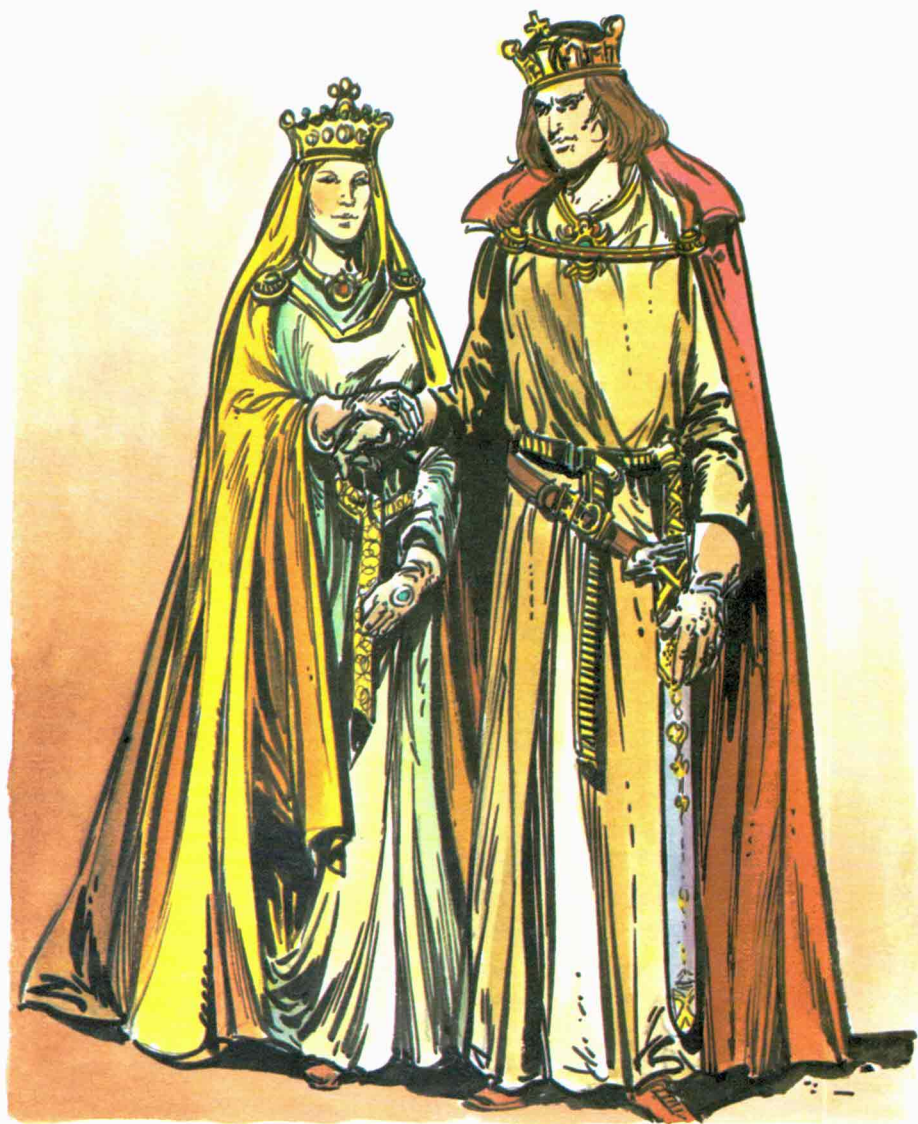
Durante muchos años tuvo a su madre como su mejor consejera. No tomaba una decisión sin antes saber lo que ella pensaba. Si no estaba de acuerdo con su modo de proceder no le importaba volver atrás lo mandado por que así lo deseaba la Reina Madre...

Ella misma animó a su hijo, a pesar de ver las dificultades que le esperaban a que tomase parte en la Primera Cruzada para rescatar los Sagrados Lugares en posesión de los sarracenos...

Cuando estando allí recibió la noticia de la muerte de su madre lloró como un niño y vivió unos días de enorme dolor y soledad inconsolables.

Con esta ocasión decía entre sollozos:

—“Te doy, gracias Padre bueno, por la madre que me diste Ella me educó y formó... Págale, Señor, cuanto por mí hizo... Ahora te la has llevado a la Gloria. Bendito seas por los siglos de los siglos”...



Un fiel esposo

El joven Luis ya estaba en edad casadera... No le faltaban pretendientes ya que eran muchas las cualidades que se reunían en él: Era elegante, alto, buen mozo, con modales muy delicados, adornado de una formación nada común, y lo que más valía, de una formación cristiana y moral que raramente se habían reunido tantas cosas en una misma persona... Además, era Rey...

Después de varios tanteos su misma madre le aconseja la princesa que le iría muy bien pero lo deja a su completa elección: D. Ramón de Berenguer, conde de Provenza tiene una hija que es un encanto de criatura: La bella y virtuosa Margarita. Con ella contrae matrimonio en el 1235 con gran alegría por parte de ambas familias y de todos los franceses.

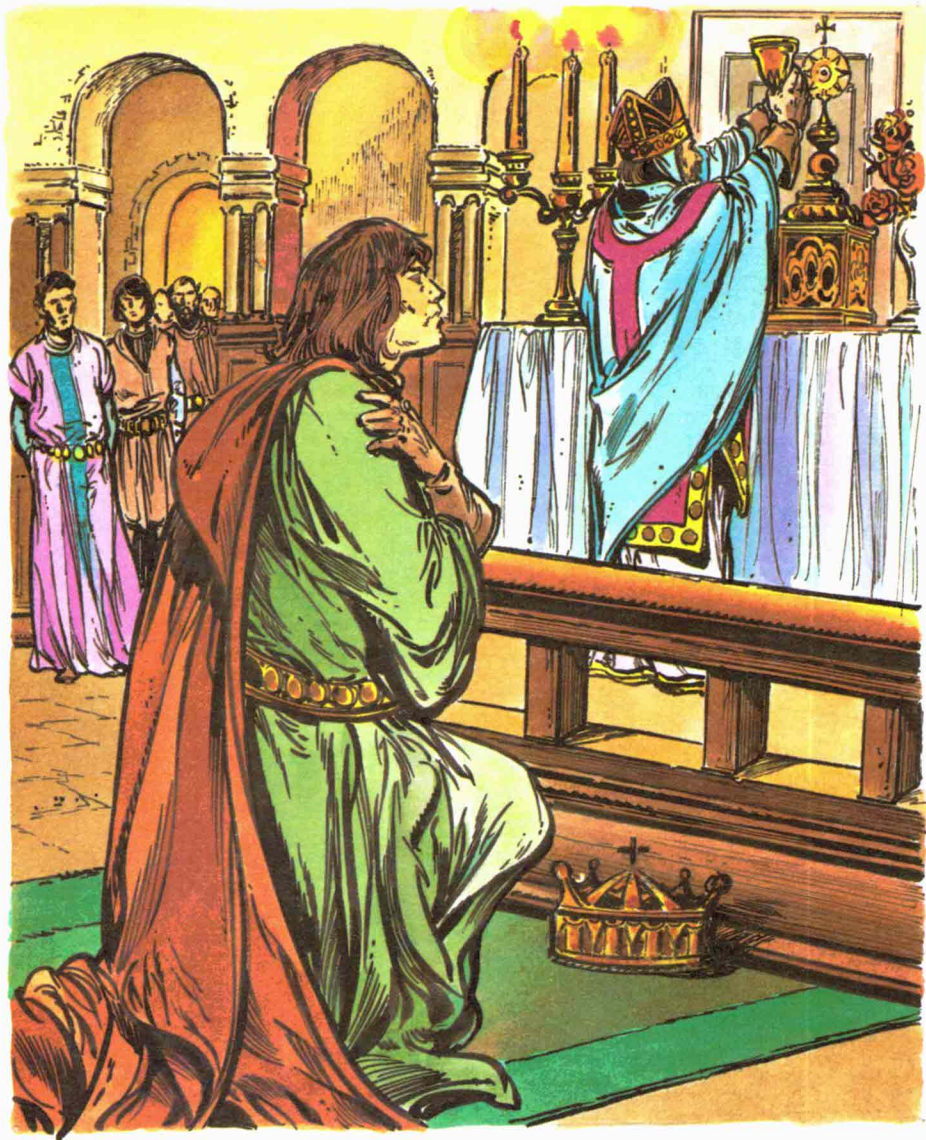
El año anterior al matrimonio el, 5 de abril de 1234 exactamente, toma las riendas de la corona Luis IX por abdicación de la reina regente, su madre.

Siempre amará con toda su alma a su esposa con la que tendrá varios hijos y serán para todos los príncipes de su tiempo y de todos los tiempos, modelo de matrimonio unido y cristiano... Siempre y cada día vivieron unidísimos, aunque dicen los Cronistas que no influiría tanto en el gobierno de la nación la *esposa* como la *madre*. Por otra parte en este caso era natural ya que la experiencia de Dña. Blanca era una excepción.

A pesar de ello recuerdan que en cierta ocasión cuando el sultán de Egipto le propone unas condiciones el Monarca contestó:

—“Consultaremos a la Reina para conocer su parecer. Ella es mi dama y no puedo hacer nada sin su consentimiento”.

Buen modelo también para los matrimonios de hoy que tanta necesidad tienen de ejemplos de unión y colaboración como Luis y Margarita.



Ante todo le interesa la fe...

Era lógico pues era rey y como rey debía también preocuparse de los intereses materiales de su nación y que nunca los olvidó y como buen gobernante trabajó por acrecentarlos y defenderlos... Pero comparados con los que se referían a los bienes del espíritu siempre pasaron a un segundo plano...

Jamás se quedaba un día sin asistir a la Santa Misa y recibir la sagrada Eucaristía. Si podía oía varias misas al día... por ello como siempre y todo se critica pronto llegaron a sus oídos que murmuraban:

—“Nuestro Rey oye demasiadas Misas. Está siempre metido en la Iglesia”. A lo que se limitó a comentar él:

—“Seguro que nadie diría nada si emplease el doble tiempo en jugar a los dados o en correr por los bosques tras de los ciervos y de las perdices”...

Desde niño creció en él una profunda fe y los dogmas de la Iglesia y la Palabra de Dios eran algo tan sagrado que no permitía que nadie dudase de ellos. En cierta ocasión sucedió esta anécdota que es muy ilustrativa y nos enseña hasta qué punto él sentía de acuerdo con su fe:

En cierta ocasión alguien le animó a que fuese a ver el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo convertido en verdadera Sangre en manos de un sacerdote que había dudado de El... Y el santo rey contestó:

—“Id vosotros si os place, pues será que no creéis o creéis mal: Yo lo creo como lo enseña la Santa Madre Iglesia”...

La liturgia era su pasión favorita. Le gustaba asistir a la liturgia y participar en el rezo de Maitines a los que se levantaba a media noche... Y después por la mañana tomaba también parte en los rezos litúrgicos que cada día se realizaban en su capilla en honor de la Virgen María hacia la que sentía una gran devoción...



Era bueno y justo

Dos virtudes que debieran ir juntas en todo gobernante: la justicia y la bondad.

Desde el principio de su reinado luchó con todas sus fuerzas para que en su reino hubiera paz entre todos. No era fácil conseguirla ya que las rivalidades entre los pueblos y la nobleza eran bastante comunes pues unos querían las atribuciones de los otros y ninguno quería cargar con los deberes.

Cuentan los cronistas de la época que jamás se vio un monarca que se preocupara tanto de alternar con todos sus súbditos como él. Lo primero que se preocupó al subir al trono fue conocer el estado real de su pueblo. Para ello él mismo recorrió casi todo su territorio a pie o en carruajes y se paraba a hablar con todos que querían acudir a él...

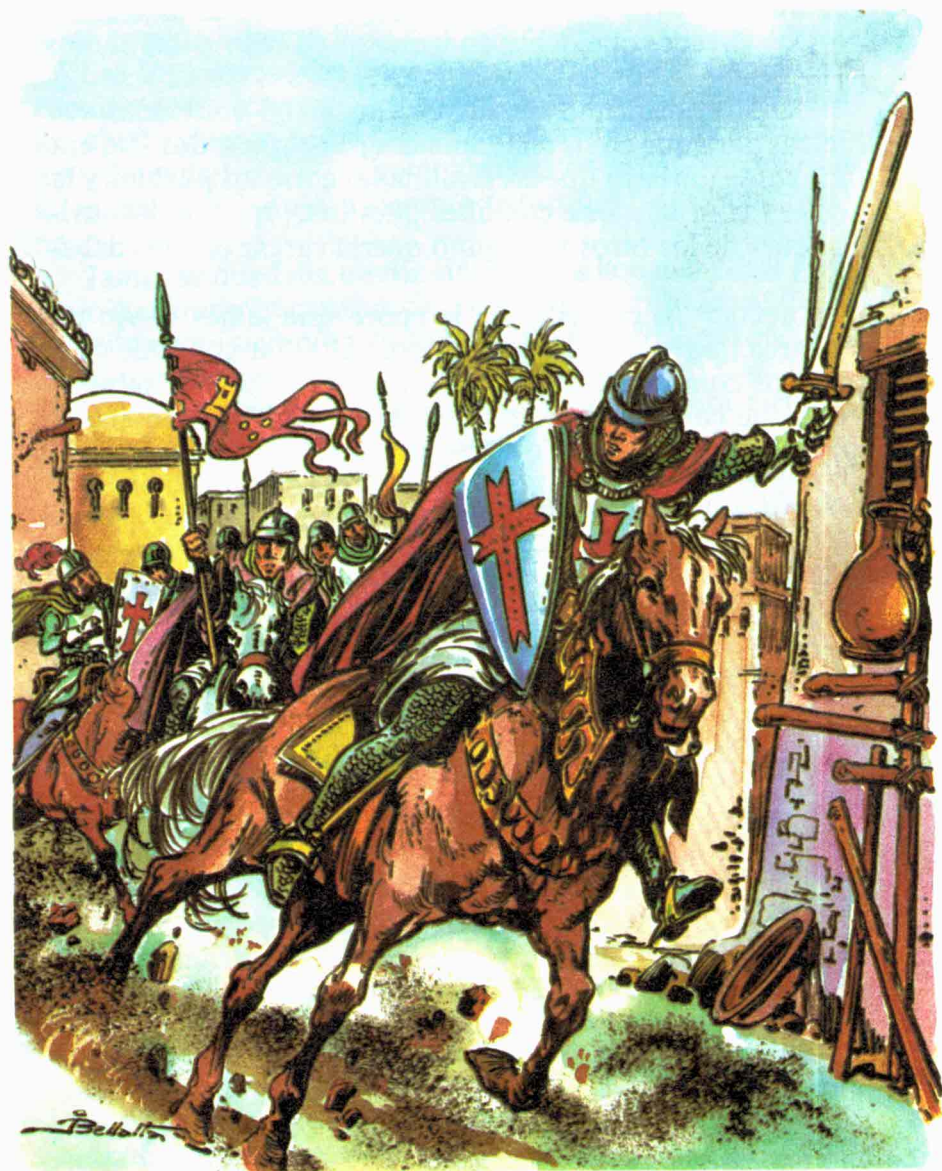
Además se preocupó de nombrar una Comisión que tenía como misión recorrer todos los poblados y enterarse bien de la situación en que se encontraban para después poder actuar él con conocimiento de causa.

Como resultado de este conocimiento fueron aquellas sabias Leyes que promulgó en el 1254 que establecían unas normas justísimas de cómo debían gobernarse todos los municipios para que cada uno tuviera sus derechos y sus obligaciones...

La bondad y la justicia del santo Rey Luis IX traspasó los mismos umbrales de la nación y llegó hasta los pueblos vecinos.

En Inglaterra y en otros virreinos más pequeños en varias ocasiones acudieron a él para que hiciera de intermediario y a todos llamó la atención con la justicia, equidad y generosidad por su parte con que resolvió los más espinosos asuntos...

La bondad, la paz y la justicia serán los títulos que todos le darán y bien merecidos que los tenía por su vida y por sus enseñanzas...



Su amor a la Iglesia

También fue ésta una de las virtudes que recibió en herencia de su santa madre Dña. Blanca.

Siempre trató de comportarse como hijo obediente de la Iglesia y sumiso a cuanto dijera el Vicario de Jesucristo, el Papa.

No eran tiempos fáciles estos que le tocó vivir.

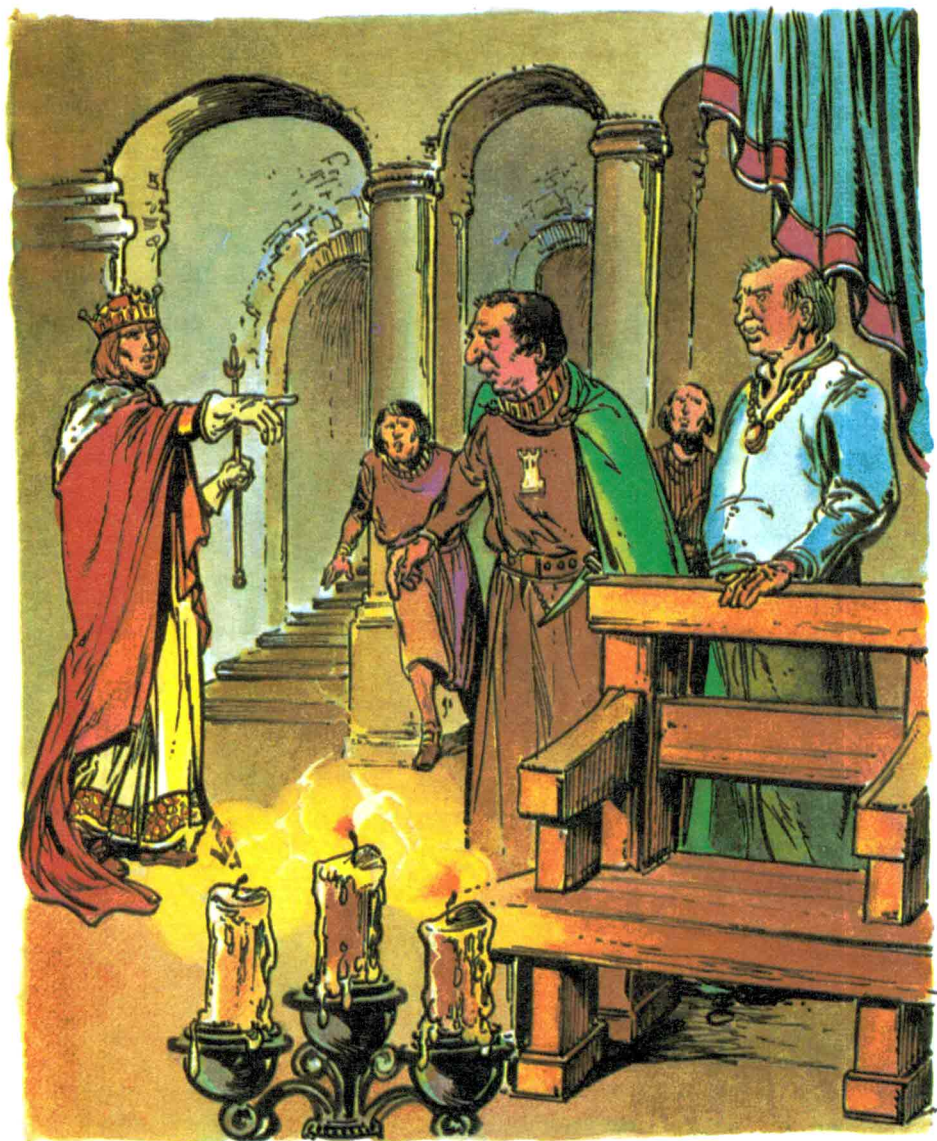
Federico II levantó una difícil polvareda contra el Papa por aquello que llamaban las “investiduras” y las “regalías”. San Luis intervino desempeñando el nada fácil papel de “mediador”. Pero él siempre defendió con tesón y como amante hizo los derechos de la Iglesia y la independencia de los poderes terrenos en este campo.

No por ello dejaba de delatar y acudir al Papa cuando veía que había clérigos que no llevaban la vida que les obligaba su estado o de aquéllos que se sobrepasaban en sus atribuciones.

El mismo, aún sin ser sacerdote, trabajó con toda su alma por el reino de Cristo en la tierra y extendió con todas sus fuerzas el mensaje del Evangelio. Para ello protegía a las Iglesias y les dejaba prebendas para que pudieran subsistir. Ayudaba a los sacerdotes cuando les veía necesitados.

Sobre todo trabajó con toda su alma contra la herejía. No podía tolerar que la fe fuera conculcada por nadie y que el menor atisbo de falta de fe o de increencia se cebase en su reino.

Fueron muy suntuosas las fiestas que mandó celebrar para la recepción de la Corona de Espinas que a costa de su propio dinero había conseguido alcanzar de los venecianos, quienes lo habían conseguido del emperador griego Balduino II. Era el 1238 cuando hizo construir para venerarla con toda pompa su suntuosa Capilla en su mismo palacio...



Celo por la Gloria de Dios

Parecía hijo espiritual del Profeta San Elías que gritaba cuando veía conculcados los derechos de Yahavéh:

—“Me consumo de celo por el Señor, Dios de los ejércitos”...

También el santo Rey Luis ardía de celo por la gloria de Dios y trató de extender su culto por todas partes y en toda ocasión.

No ocultaba su amor a Jesucristo y sus ardientes deseos de que todos lo conocieran y amaran...

San Luis estaba convencido que él había sido elegido rey de Francia no sólo para proteger y ayudar a sus súbditos en los bienes materiales sino también en los del espíritu... El solía decir que:

—“El rey debe ser también un apóstol”.

Y a fe que lo fue de veras y trató para que las buenas costumbres no se perdieran en su patria y que siempre se procurara cumplir lo más exactamente posible la Ley de Dios.

Cuentan los Cronistas que entre todos los vicios ninguno le molestaba tanto como el de la blasfemia que trataba de arrancarlo de raíz de todos sus reinos. A su hijo Felipe le amonestaba:

—“No sufras que se diga delante de ti ninguna villanía de Dios ni de los Santos, sin que tomes inmediata venganza”.

Cuentan anédoctas de la dureza que obraba en estas ocasiones de los blasfemos que parece casi imposible de creer de un Santo tan dulce. Era el celo del Señor quien le obligaba a ello. En cierta ocasión que alguien murmuró sobre esto exclamó el santo Rey:

—“Quisiera que me marcasen con un hierro ardiendo, a condición de que todos los juramentos desaparecieran de Francia”.



La justicia virtud capital...

Todas las virtudes se admiraban en el santo rey pero cuando tanta injusticia suele abandonar entre los gobernantes era natural que llamase ésta más la atención que otras que también brillaban en el santo monarca.

Un contemporáneo del Santo escribió de él:

—“Todos sus súbditos, grandes y pequeños, le respetaban, le amaban y temían a la vez a causa de su justicia y de su santidad”.

A su sucesor en el gobierno del reino le dijo como una especie de testamento:

—“Hijo mío, si llegas a reinar, haz siempre lo que conviene a un rey, es decir, que por nada del mundo te apartes de la justicia. Si un pobre pleitea con un rico defiende al pobre más que al rico hasta que conozcas la verdad, y cuando sepas la verdad, obra en derecho”...

Al subir al trono, y esta acción la volvió a repetir antes de partir el 1247 en la primera Cruzada hacia los Sagrados Lugares, mandó a emisarios por todo el territorio de la nación para que se enteraran bien si se hacía justicia o no... Y quiso saberlo desde muchos años atrás, porque:

—“Decía él, a veces el mal es algo ya inveterado y se vienen cometiendo injusticias desde hace muchos años”.

El quería enterarse de viva voz a ver si alguien estaba oprimido o si sufría injusticias de parte de quien fuere para liberarlo de estas cargas...

Con frecuencia se le encontraba sentado sobre su mesa y una larga retahíla de personas pobres y ricas, todos mezclados, esperando de él que les hiciera justicia. Todos acudían con confianza de que serían escuchados y que el rey no tendría preferencia por nadie sino que estaría de parte de la verdad... Escribió uno:

—“Al llegar, extendía un tapiz en el suelo, se sentaba él, nos hacía sentar junto a él, y así daba audiencia al pueblo...



La Tierra del Señor

En la Edad Media entre el pueblo cristiano se despertó un ardiente deseo de conquistar aquellos sagrados Lugares que habían sido escenario de la Vida del Señor mientras vivió entre nosotros.

Desde hacía algún tiempo estaban en manos de los seguidores de Mahoma y los cristianos que allí habían quedado eran sus esclavos y eran bárbaramente tratados.

Era necesario poner remedio a tanto atropello, y rescatar aquellas Reliquias de nuestra fe para que recibieran el culto y veneración que se merecían...

Los Papas animaban a ir a aquellos lugares a todos los Monarcas Cristianos desde hacía ya bastantes años. Ya habían ido Cruzados y peregrinos de diversas naciones cristianas, pero por falta de organización no fueron muy fructíferos los resultados obtenidos...

El Papa Inocencio IV saltó de alegría al ver que podía contar sin reserva alguna para esta delicada misión con el cristiano rey de Francia.

Cayó gravemente enfermo y todos creyeron que su proyecto de ir a Tierra Santa para reconquistar los Sagrados Lugares ya no podría llevarse a efecto... Pero como si resurgiera de ultratumba un día se levantó y gritó:

—“Por la gracia de Dios el Oriente me ha visitado y me ha llamado de entre los muertos”...

Inmediatamente mandó llamar al Obispo de París y le dijo:

—“Monseñor, os ruego que como representante de Dios y del Papa me impongáis en la espalda la cruz del viaje de ultramar. Debo marchar hacia Jerusalén”...

Fueron muchos miles los valientes soldados que le siguieron, y confiando plenamente en la ayuda del Señor partieron hacia Jerusalén... El viaje no fue nada fácil.



El heroísmo de un rey

Los Cronistas de la época escriben maravillas al cantar la grandeza de este santo Rey que abandona su vida de lujo y de placer sabiendo lo que le espera: trabajo, penuria, hambre, incomodidades y quizá, el cautiverio y hasta la misma muerte. Pero todo es poco por Cristo.

Se reúnen muchos miles de soldados —pasan de los 40.000— y al frente de todos ellos va nuestro monarca Luis... Van conquistando ciudades y venciendo las dificultades que se presentan... Pero el frío y la falta de provisiones viene a unirse a una peste que ha entrado entre los soldados y queda diezmado el ejército.

Por fin el monarca queda prisionero en manos de los sarracenos. Entró con todos los suyos hasta Mansurach cargado de cadenas y despojado de todo cuanto llevaba menos un librito del Salterio que será su única y mejor compañía en aquellas largas horas de soledad y de pena...

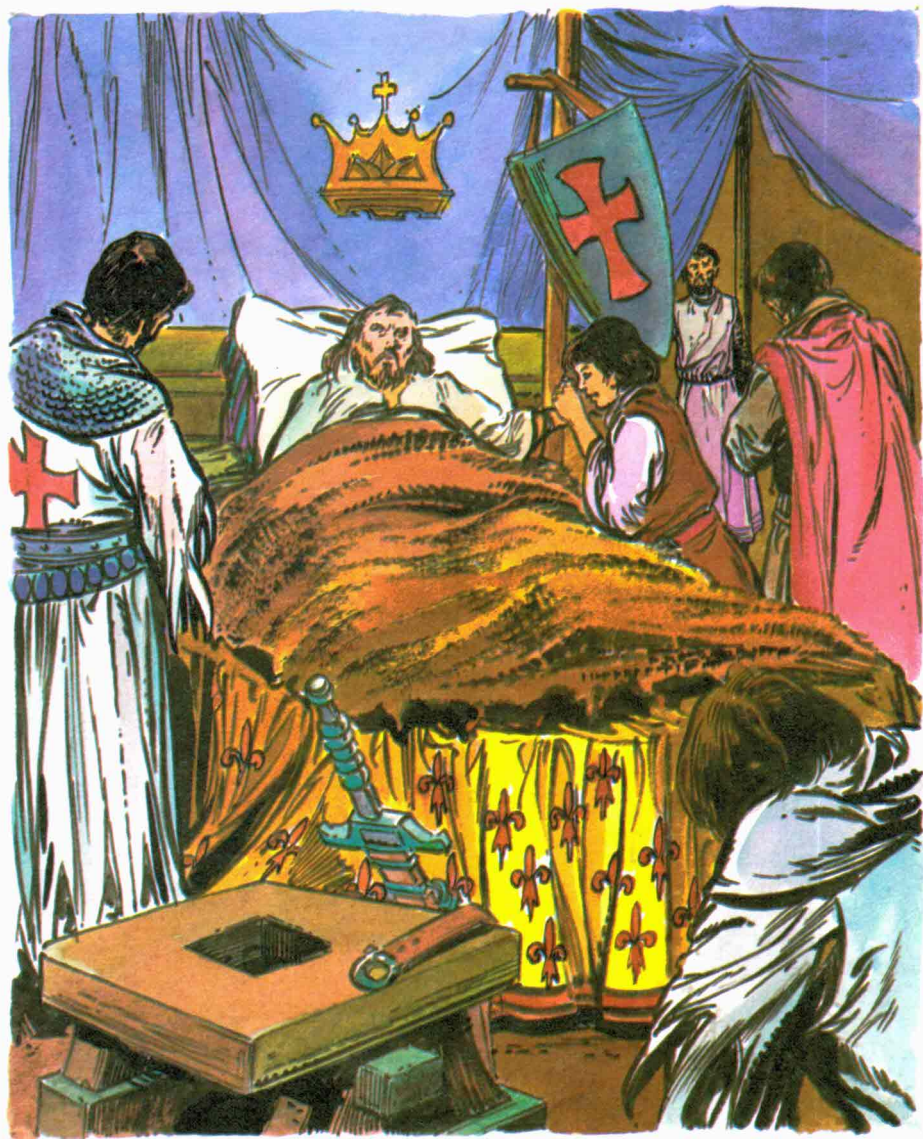
La noticia llega a Francia y a Roma y es como un latigazo en el corazón de todos los cristianos que han quedado en retaguardia...

Los mismos infieles quedan admirados ante la virtud y gran humildad de aquel santo hombre. Ellos piensan:

—“Este hombre deber ser querido por nuestro Alá y nuestro Profeta Mahoma pues tan bueno parece ser. No es arrogante ni pierde nunca la mansedumbre y la humildad...”

Cuentan los testigos que el rey decía:

—“Soy enemigo del Sultán y puede hacer de mí lo que quiera, pero no temo porque antes que de él soy de Dios y estoy muy seguro en sus manos. Una cosa puede tener cierta el sultán: Que no me hará claudicar de mi fe en Nuestro Señor Jesucristo”...



La humildad tiene un nombre

Es ésta una virtud de la que ya hemos tratado pero como nos parece que es la que más resaltó en la vida de San Luis y dada su posición de rey la más difícil de practicar... es por lo que vamos a recoger aquí algunos otros datos más sobre ella que tanto dicen de su elevado espíritu de santidad:

Se cuenta que un día cuando bajaba de su cámara regia había una mujer en la escalera y empezó a vociferar contra el rey diciendo:

—“¡Buen rey de Francia es vuestra majestad! Mejor lo haría cualquier otro que tú. No piensas más que en los frailes Menores y en los Predicadores. Es una pena que seas tú nuestro Rey y lo que me extraña es cómo no te han echado aún del reino”.

El rey por toda respuesta, en lugar de montar en cólera y mandar encarcelarla como hubieran hecho casi todos, sonriendo, se dirigió a ella y le dijo:

—“Tienes razón, hija mía, tampoco yo sé por qué Nuestro Señor me tiene en este puesto; pero dime en qué te he ofendido o en qué puedo servirte que yo te ayudaré”.

No sólo quedaban admirados de su virtud sus súbditos tanto los magnates como los más pobres ya que para todos estaba siempre dispuesto a recibir y escuchar... sino hasta sus más encarnizados enemigos.

Nadie podía ponerse mal con él porque con su bondad de corazón y dulces modales los descargaba de su cólera.

Era esta virtud de la humildad y bondad la que más impresionó a los cruzados que le siguieron en las dos Cruzadas en las que tomó parte. Era uno de más y siempre los animaba diciendo:

—“Mis buenos y fieles amigos, nada perderemos suceda lo que suceda; si triunfamos, toda la cristiandad celebrará la gloria del Señor; si somos vencidos, subiremos al cielo como mártires”...

Su partida a la eternidad

Cuando por el 1270 partía de nuevo hacia la Tierra del Señor para reconquistarla para la Iglesia se despidió de todos con gran afecto y presentimiento ya que moriría en la batalla...

—“No sé si volveré, pero os dejo en paz; que el Señor os guarde a todos”...

Estando en Chipre una noche oyó que sonaba una campana y preguntó:

—“¿De dónde viene ese sonido de la campana?”

—“Del Monte Carmelo, que sus religiosos, los Hermanos de la Virgen María del Monte Carmelo tocan a Maitines.

—“Quien quiera acompañarme que me siga”.

Y subió al Monte Carmelo donde pasó toda la noche entregado a la oración de los Salmos al Señor y en cánticos a la Virgen María...

La “peste” se cebó entre sus filas y un gran asombro aterró a todos. Empezaron a morir los soldados porque a la peste se añadió el hambre y la falta de agua... El santo rey vio también llegada la hora para él. La triste noticia corrió como la pólvora por todo el campamento:

—“El rey tiene la peste, el rey está enfermo”...

Llamó a su hijo Felipe y delante de algunos soldados, le dio este Testamento que ojalá tuvieran presentes muchos de los gobernantes:

—“Hijo mío te doy cuantas bendiciones un padre moribundo pueda dar a su hijo; ruégote que vengas en mi auxilio con muchas misas, oraciones y buenas obras y pido a Nuestro Señor Jesucristo que en su infinita misericordia te libre de todo mal y haga que después de esta vida podamos verle, amarle y alabarle juntos por todos los siglos de los siglos”...

Después parecía como que deliraba y exclamaba:

—“¡Veremos Jerusalén, veremos Jerusalén!”... Y así murió.

